

Ismael
Viñas

VERANO, INVIERNO, PRIMAVERA

*Escritor de temas
políticos y
socio-económicos,
ensayista y periodista
argentino, residente
en Jerusalem. Autor
de numerosos
trabajos de crítica
literaria*

Hemos bajado del tren a la cubierta del trasbordador. A los costados se deslizan las orillas del río Paraná, con sus montes raños y sus matorrales, el agua borrosa. Adelante, el agua, la ancha avenida de agua, hasta perderse de vista. Hombre de llanura, de arroyos y lagunas, hombre de ciudad, conozco sin embargo el Paraná, aguas abajo, aguas arriba, islas, puertos, la costa baja de la izquierda ahora que lo vamos subiendo, las costas más altas de la derecha. De muchacho me he tirado en el Paraná Guazú, para nadar corrientemente abajo, he pescado en los canales del Delta, he ido a comer ranas

saltadas en la Laguna de Setúbal, lo he cruzado para tratar de organizar huelgas en Entre Ríos. También lo conoce mi compañera, que nació allá en el norte hacia el que apunta la proa, en Paraguay. Pero esta vez huimos. Atrás quedan las muertes, los días y las noches clandestinos, los cambios de casa una vez y otra vez y otra vez, los compañeros desaparecidos, los últimos encuentros furtivos para dar aviso, dar y recibir dinero, las últimas direcciones. La derrota, la desgarrada decisión de irnos.

Fin de septiembre, viento frío, llovizna. Nos miramos, nos tomamos de la mano y volvemos al tren, al camarote, a seguir hablando en voz baja, esperando que no haya una redada policial al desembarcar. Se nos va la patria. ¿La patria? No nos dijimos que la palabra se llama exilio.

Lugar común: ninguna escritura es inocente; aunque tal afirmación puede dar lugar a todas las discusiones, así, con su aire de verdad recibida. Pero estas notas carecen particularmente de inocencia, en el sentido más textual: al ponerme a escribir ya sé de qué se trata. He leído desde las **Tristes** clásicas a artículos de quienes dejaron la Argentina, Uruguay y Chile hacia la misma época que yo, he visto películas, participado en conversaciones, he escuchado tangos, historias de inmigrantes y exilados en Israel y Argentina, dos países de colonización, Adán y Eva echados del Edén. Tampoco me son ajenas lecturas sobre la expulsión del nacimiento, traumas edípicos, rupturas del lenguaje. Además, la preocupación por la recuperación de los antepasados, de las influencias de padres y abuelos inmigrantes, de la cultura del hogar familiar, del origen. Reconocimiento y discusiones, particularmente entre los judíos.

Exceso de literatura, no toda bien comprendida, desde ya. Mucha morralla, especulaciones falsas, sentimentalismo barato, re-

flexiones de supermercado, digeridas junto con el resto. Presiones para sentir y pensar de un modo o de otro.

Exilio. Pertenencia. Identidad. ¿Cuánto hay de genuino, de legítimo en todo eso? Recuperación de orígenes. ¿Cuáles? ¿Hasta dónde? He conocido a más de uno que no sabe cómo es eso de que se monta y se desmonta por la izquierda, y que exhiben aquí, o en España, ponchos y cuchillos de plata. Pero ya era moda allá el folclore que llegó en andas del "ser nacional". También conozco judíos fervorosos que no saben siquiera los nombres de los Macabeos. En cuanto a mí, nunca me gustó el mate y no conocí las comidas de los judíos ashkenazitas hasta pasados los treinta años. Las dos hermanas de mi madre con quienes viví de niño eran comunistas y hacían ravioles los domingos. Aquellos con quienes discutí por las barbaridades de la Argentina, se exaltaban y exigían no ser tan críticos y, sobre todo, callar afuera, como condición del patriotismo. Aquellos con quienes discuto las barbaridades de aquí, exigen lo mismo, como condición del judaísmo. ¿Fieles de la religión de los imbéciles? Pero también me ha pasado con la izquierda. Guay con criticar a la Unión Soviética, o a Stalin antes de Jruschov; o a China, o a Lin Piao antes de ser traidor; o a Cuba. No frecuento ahora círculos de pro-chinos, y me pregunto al escribir esto qué pasará con Mao y por dónde pasarán las divisiones en relación a "los cuatro". Pues también hay un patriotismo-fe (¿o religión?) de las izquierdas. Frente a eso, la religión patriótica argentina es escuálida en número, en ortodoxos y heterodoxos, en beatos, beatificados, excomulgados y condenados. Y no cuenta con las ventajas de tres milenios y de la apelación tribal del judaísmo. Pero los argumentos son los mismos, las reacciones idénticas.

Y sin embargo, sin embargo me enoja si alguien no pesa en la balanza lo bueno que, según mi propia supuesta objetividad, tiene Israel. Me he batido a puñetazos, y me han quebrado la nariz,

por un chiste antijudío. Me enoja si alguien habla despectivamente de los argentinos. He admirado la quieta dignidad de un anciano judío (padre de un cuñado) que rezaba de pie, la cabeza inclinada, la espalda erguida, una noche de shabat, antes de la comida. Y me entristece la idea de que seré enterrado aquí y no en aquel cementerio de Monte, que recuerdo recorrido por el viento que venía de la laguna, una mañana lluviosa de verano.

Me es imposible tratar de reconstruir mi infancia sin que aparezca la política. Radicales y conservadores (orejudos, en la jerga familiar), el facismo, la guerra civil española, los Frentes Populares. Pero la idea de clases sociales fue mucho más tardía, seguramente por la familia en que nací, por la ceguera y sordera ideológicas que tan eficazmente he visto actuar a lo largo de mi vida.

Ni siquiera tengo idea de cuándo advertí que había obreros industriales. Los de la construcción eran pintorescos personajes que preparaban asados al pie de las obras en los barrios de la ciudad. Peones, cocineras, niñeras, mucamas, formaban parte del paisaje familiar, eran simpáticos o antipáticos, algunos fueron importantes por su relación conmigo, otros no.

El primer recuerdo que tengo, escarbando en mi memoria, es falso, y se le superpone una fotografía mía, de muy chico, una de las pocas de mi vida anterior a mi llegada a Israel que se ha salvado porque quedó entre los papeles de la segunda esposa de mi padre y ésta me la envió. Allí estoy de pie, en medio de la nieve, con un mono entero gris, probablemente de lana tejida, boina negra y bufanda blanca. En mi recuerdo, un muchachito algo más alto, con ropa más oscura, me despide saludando con la mano, mientras nos alejamos rápidamente. "Nos", no sé con quienes, probablemente con mis padres; y, no sé por qué, pero estoy convencido de que se trataba de nuestro abandono de la Patagonia, cuan-

do mis padres decidieron regresar a Buenos Aires, dejando atrás esa tierra donde habían vivido el tumulto de las grandes huelgas de comienzos de los 20, la represión, el posterior intento de mi padre de crear allí la Unión Cívica Radical. Pero todo esto, claro, lo supe después. A veces tengo la impresión de que ese chico que me despide soy yo mismo, pero tal vez sean fantasías agregadas más tarde, desde que supe en qué circunstancias dejamos aquellas tierras, y qué significan pérdidas y despedidas.

Mis primeros recuerdos nítidos son de Mendoza, adonde mi padre había sido enviado con el equipo de la intervención federal. El largo viaje en tren, la casa en la calle Patricias Mendocinas, el jardín de infantes, los paseos al zoológico. Pero el recuerdo más vívido también es falso: pasábamos en auto frente a la casa del caudillo provincial, Lencinas, y los bomberos lavaban con sus mangueras grandes manchas de sangre. Agua rosada corría hasta la calle, y el chofer nos decía: "Allí, en el balcón lo mataron".

¿Será lo que oí contar a la gente en la cocina? No sé. ¿Una premonición de la violencia que marcaría cada vez más la historia argentina y que me tocaría de cerca, mucho antes de que tuviera que dejarla?

Miro por la ventana del comedor la noche de Jerusalén. La casa de departamentos donde vivimos está en uno de los bordes de la ciudad, sobre el valle de Ein Kerem, donde nació Juan el Bautista. En las faldas de los cerros, allá lejos, brillan luces de moshavim y de pueblos pequeños; más lejos aún, las luces de la carretera que va a Tel Aviv; todavía un poco más allá, el manchón de luz del centro de inmigrantes de Mevasseret Sión, donde estuvimos cuando recién llegamos y donde vivimos un año y medio. Como si estuviera a la misma distancia, pero sé que es más hacia el desierto, el monte del profeta Samuel, fundador intelectual del primer estado judío. Corriendo hacia la derecha, y bien cerca, el monte

de Herzl, uno de los profetas del tercer estado judío.

¡Cómo lloré una noche en Mevasseret, en casa de unos amigos a los que se les ocurrió poner zambas en el pasacasetes! Lloré por mis muertos sin tumba, por las tumbas de mi padre y de mi madre en el pequeño cementerio frente a la laguna de Monte, por mí mismo, por mis ilusiones muertas, por mis premoniciones y temores realizados.

No sé cuándo lo armé intelectualmente, pero de algún modo lo había registrado ya de chico, en el momento mismo en que lo viví: la pena que sentí en mis padres cuando abandonamos la Patagonia, el asesinato de un caudillo cuya sangre vi a través de los relatos de la gente humilde que trabajaba en nuestra casa en Mendoza, fueron hechos ocurridos cuando el partido en que mi padre militaba, la Unión Cívica Radical, estaba en el gobierno, y ese crimen y las matanzas de obreros que estaban detrás del aire de derrota de mi padre y mi madre fueron responsabilidad de ese mismo partido al que pertenecía. Sin embargo, mi padre (después, mucho después, hablé con él largamente de todo eso) repudiaba esos hechos, y amaba a ese partido. Fue por él que me enteré de cómo habían sido las represiones de la Patagonia, de los obreros obligados a cavar sus propias tumbas antes de ser fusilados, muchos años antes de que David con su novela y Susana Fiorito con sus artículos comenzaran a hacer recordar hechos olvidados durante decenios. Fue por él que supe de los opositores presos torturados en Mendoza por la intervención radical de la que formaba parte. Y sin embargo él amaba a ese partido, nos hacía usar boinas blancas, su distintivo, y aprender versitos jactanciosos: "Yo soy radical por mar y por tierra/ y al que no le guste que se vaya a la mierda".

Amar y odiar, pertenecer y rechazar, entregarse y ser rechazado. Creo que mi padre resolvió eso sacrificándose por su partido

y gruñendo, haciéndose molesto, fracasando en su carrera política posible. ¿Y yo? Risieri Frondizi me decía que había hecho mal aquel día en que aceptó hablar por Radio Rivadavia y denunciar los contratos petroleros y los acuerdos con la iglesia católica, rompiendo con su hermano Arturo; me dijo que había tirado por la borda un "porvenir político". Mirando hacia atrás con la sabiduría de saber lo que ocurrió con Arturo Frondizi y su historia política posterior, no parece que haya perdido demasiado. Y, en todo caso, es seguro que no hubiera continuado a su lado. Yo ya me había radicalizado. Tampoco acepté la carrera con el Partido Comunista que me ofreció Agosti, y terminé cada vez más enfrentado con quienes, de las tres dictaduras que hubo entre 1955 y 1983, apoyaron o toleraron amistosamente dos. ¿Radicalización política y coherencia, afrotando el costo? No sé.

La reconstrucción del pasado para revisar el exilio, la contradictoria identidad de mí mismo, mestizo múltiple, que es buscar la identidad en la propia biografía, sólo puede hacerse desde el presente, que da su sentido al pasado, reinterpretándolo. Mientras escribo trabajosamente esto, tachando, recortando, tirando, se ha alzado el pueblo palestino de los territorios ocupados por Israel en 1967. Ayer, mi compañera me retó un poco porque me ofusqué en una discusión con un grupo de buena gente, de ésa que puede vivir en paz a pesar de las decenas de muertos a tiros y de la orden de "golpear duro" impartida a los soldados. Siempre he tenido las explosiones y la retórica demasiado fáciles, y una de las mujeres presentes me dijo que estaba hablando como un antisemita. Ahora, solo en casa, en la noche silenciosa de este borde de Jerusalem, me pregunto mientras me levanto para hacerme un café, ¿a qué patria pertenezco? ¿A qué mundo carnal y concreto? ¿A esa Argentina de la que debimos huir, cuyas llanuras y arroyos me hacen suspirar todavía, a esa laguna de Monte en la que va-

deaba entre los juncales tirando la línea para pescar pejerreyes? Vuelvo a mirar por la ventana del comedor y recuerdo la primera vez que leí la historia de los Macabeos y le pregunté a mi madre quién era más gaucho, si Judas o Güemes. Mi madre se llamaba Esther. ¿Pertenezco a Israel?

Pertenencia, posesión, seguridad. También libertad, si las reglas y los límites son vividos como algo dado, parte de uno mismo. Eso era el campo de un único, largo verano que se confunde en mi recuerdo, más largo y nítido que los inviernos en la ciudad, donde prácticamente cada año cambiábamos de casa, de escuela, de barrio y de amigos. Monte. Guardia de San Miguel del Monte, según la nomenclatura oficial, tal como decía en el dibujo del "Ejido y chacras circundantes" enmarcado y colgado de la pared del escritorio en la casona del abuelo Viñas, allá en el pueblo. Pero la tierra era el campo, donde vivíamos. La casa en U, el jardín que la rodeaba, con canteros bordeados de lirios y alhucemas, la doble fila de aromos que lo circundaba, y más allá los potreros, los maitales, hasta los viejos álamos en donde anidaban los chimangos, hasta el arroyo estrecho como una acequia, hasta el pantano que quedaba en una esquina y en el que nos metíamos, espantando gallaretas y grandes ranas verde-parduzcas.

Un único verano, marcado por sucesos memorables: el día en que llegó Pájaro, un gran alazán para monta de nuestro padre, a hacer pareja con Payaso, el zaino oscuro; el día en que Comandante, el tordillo de nuestra madre, se le encabritó, asustado por una perdiz, y ella, riendo y gritando, lo hizo abalanzarse y salir después al galope, hasta que se perdieron en el camino y volvieron los dos sudados, cansados, al tranco, ella con el rebenque de cabo con virolas de plata colgando de la muñeca; el día en que Perico, el matungo que nos aguantaba a David y a mí en el lomo, fue reempla-

zado por Falucho y Chilena, dos petisos de monta que durarían hasta que el campo fue vendido. La noche en que entraron ladrones al gallinero, y papá y mamá salieron a campearlos con linternas y sus carabinas belgas de repetición.

A los siete años perdí la pertenencia a un país que había recuperado desde las inseguridades del nacer y de los amores-odios con mis padres, y sentí confirmados todos mis temores enterrados de pérdida y desamparo: vi llevar preso a mi padre y mi madre nos dejó para correr detrás de él.

Habíamos ido al pueblo, papá, David y yo, los tres a caballo, a comprar chambergos; y al volver, una partida policial nos cerró el paso frente a la herrería de Ugarteche, un dirigente radical de la zona que solía venir a comer a casa. El comisario Calderón, un hijo del pueblo que también conocíamos pues a veces dejábamos los caballos en la cuadra de la seccional, se adelantó haciendo señas a mi padre para que se detuviera. "Me va a tener que acompañar, doctor". Y él, con sus bombachas blancas y sus botas negras de caña corta y su corralera blanca, se mesó la barba, se echó atrás el chambergo y desmontó, y comenzó a caminar al lado del comisario con el sol que le daba en la espalda y el viento que removía su pelo. Le pidieron el cuchillo que llevaba cruzado en el tirador. Lo entregó. Entregó las riendas del alazán y caminaba al lado del comisario. Sólo se dio vuelta al desmontar, para decirnos "no se asusten, no es nada", y caminó bajo el sol en la tarde ventosa.

Mi hermano David comenzó a llorar, y a preguntarme entre hipos "¿Por qué se llevan a papá? ¿por qué se lo llevan?" Y yo, llorando también y a los gritos: "¡Estos orejudos hijos de puta se lo llevan! ¡Hijos de puta, hijos de puta!". Algo debía haber oído de que estaban deteniendo radicales, de que los acusaban de conspirar, y algo se me removía adentro de cuando dos años antes, estando en Mendoza, los militares tomaron el poder y nuestra casa

quedó silenciosa mientras en la mesa mi padre comentaba que "todos se habían ido, cruzando la Cordillera", pero que él se quedaba porque "alguien tenía que entregar el gobierno"; pero entonces, yo era muy chico y todo ocurría lejos, sólo eran palabras.

Y así moqueando y llorando fuimos detrás de la policía, y alguien me sacó el cuchillito de mango de asta que mi padre me había dado, y esperamos en la comisaría sentados en un banco largo y negro, hasta que llegó el abuelo Viñas y vimos que hablaba con el comisario, y que voceaba moviendo los brazos, y nos fuimos con él, y esperamos, mientras el viejo de larga barba blanca nos contaba historias de robos de higos en su infancia y de una pata-da que le pegó una mula, sentados en la galería de su casa, frente al jardín, donde había clavada una vara para medir la alzada de los caballos. Hasta que llegó mi madre, alta, morena, tranqueando, con su voz de madre y su olor de madre.

Así empecé un largo y triste tiempo. Mi tía Elisa y el yeide (al que llamábamos "abuelito-yeide" para distinguirlo del otro), llegaron de Buenos Aires para hacerse cargo de nosotros y de la casa, mientras nuestra madre viajaba y volvía trayendo noticias: "Ahora Ismael está en La Plata, al fin lo ubiqué".

Comenzó un tiempo en que ella viajaba, y se hablaba de llevarle ropa a papá, y comida, y de que los confinarían. Y de que habría un allanamiento, y de que había que llevar las armas del campo a otra parte.

1976, una vida después. La compañera del Negro Pereyra, uno de mis pocos contactos, llegó justo sobre la hora a la cita. Nos tomamos del brazo (era aindiada, morocha, tan alta como yo), y sentí que temblaba. "Anoche no volvió", me dijo. "Hay que levantar todo, entonces", contesté porque ésa era la rutina, pero ella y yo sabíamos que ya entonces se trataba sólo de un gesto. Aunque tal vez no: ella tenía que volverse a Santiago, de donde habían ve-

nido porque allá el cerco era total y en Buenos Aires parecía más fácil esconderse, por lo que era necesario no dejar detrás nada que pudiera ser comprometedor. Pero fuera de eso ¿qué? El Negro no había vuelto, lo que quería decir que lo habían detenido, y que ahora estaría en algún regimiento o en un chupadero, y en esa época los arrestados y simplemente levantados ya no eran "detenidos a disposición del ejecutivo", ni menos procesados, ni confinados, ni presos siquiera. Después se usaría la palabra desaparecidos.

Trabajosamente busqué los últimos contactos que iban quedando para que se hicieran cargo de ella, de una máquina filmadora que podía ser sospechosa, y quemé algunos papeles sin mirarlos. También podían ser peligrosos, si tenían direcciones, y si los leía y reconocía alguna y después me acordaba, aún peor. Si también llegaban a detenerme ¿para qué saber más de lo que sabía? Se hacían esfuerzos para no recordar direcciones, ni teléfonos, ni nombres, para no saber los nombres verdaderos de algunos, y aparentemente funcionaba. Pero ¿quién podía asegurar que no se recordaría bajo tortura? Mucha gente hablaba, por miedo, para que no los siguieran torturando, por la pérdida de todo control cuando el cuerpo sufría demasiado.

Después se decidió que ni yo ni mi compañera debíamos tener más contactos, y que tampoco era segura la casa a la que habíamos ido a vivir últimamente. Mudarse, y que los contactos fueran de dos o tres amigos de confianza hacia nosotros. Cada dos días aparecía alguno, salvo caso de necesidad.

Ya Alicia, la madre de mi hija Verónica, me había avisado que ellas se irían a España, y había comenzado a pensar en las distancias, y en cómo comunicarnos y que se estaba dando la migración al revés: mi bisabuelo español había llegado a Buenos Aires allá por mediados del siglo pasado, quizá un poco después (una vaga

mitología familiar lo asociaba con un viaje de dos encargados de vengar la muerte de Prim); la madre de mi padre era descendiente de italianos, entre los que figuraba una mítica nona; Sara y Luis (parece que en realidad se llamaba Leb) mis abuelos maternos, habían huido de los pogroms de comienzos de siglo. Y ahora nosotros, al revés, contra la carrera del sol.

Nos enteramos de que habían matado a la hija de David, Adelaida, después de que el marido desapareciera. Que a la hijita de ocho meses la habían salvado unos amigos. Que David, apenas llegado de Estados Unidos, había vuelto a partir.

Desapareció Luis, uno de los contactos. Tampoco la nueva casa era posible ya. Dejé de haber contactos.

En una larga y penosa conversación con Rubí, decidimos que había que irse. No era un viaje. Era irse. Esa noche dormimos en un hotel por horas, para "parejas", y nos dormimos abrazados. Preocupaciones idiotas me despertaron en medio de la noche: ¿qué haría con la máquina de escribir? Preocupaciones más graves: nos iríamos antes que mi hija. ¿Cómo haría para comunicarme con ella? ¿Cómo sabríamos dónde estábamos uno y otro, después? Los abuelos y bisabuelos habían perdido todo contacto con su tierra, con sus parientes.

Pensé que no iba a poder visitar las tumbas de mis padres, allá en Monte, ni ir a mirar la laguna que queda al lado del pueblo ni el arroyo Totoral. Aunque algo había viajado, no pensé que el cielo sería diferente y que no entendería el idioma o que el castellano me sonaría extraño. Aún no sabíamos adónde iríamos. Sólo que había que irse. ¿Qué sería de los amigos, los compañeros?

Hubo otro día en que perdí otro pedazo de patria.

Nunca me había parecido extraño que el yeide hablara mal el castellano, ni que una parte de mi familia fuera judía y la otra

católica, que una parte de mis tías fuera a misa, ni que el abuelo Viñas tuviera una Macarena en el dormitorio y el abuelo Porter fuera a la sinagoga. Las dos hermanas de mi madre que vivían en Buenos Aires (Elisa y María) y sus familias eran comunistas; entre los hermanos de mi padre, sus cuñados y sus hijos había católicos liberales, franquistas, ateos militantes, conservadores y radicales, y en casa a nadie le preocupaba la religión. Irlandeses, descendientes de españoles y de italianos formaban la mayoría de la población del pueblo y de las chacras, con bastante sangre india y negra mezclada por aquí y por allá. ¿A quién le importaba que el padre de Ana Lauri (¿se escribiría así?) chapurreara el castellano, si era el ciclista del pueblo y a nosotros nos interesaba mucho más tratar de verle a ella las bombachas cuando, patona y pecosa, jugaba al fútbol con nosotros? ¿A quién que el padre de la colorada Ruale hablara con su madre en italiano?

Fue en el colegio Mariano Acosta y en segundo grado (el primero inferior y el superior los había cursado en otra parte) cuando descubrí que “judío” podía ser un insulto. En el grado había un pibe rubión, muy bueno jugando al balero, que se llamaba Ariel (tal vez Fucsmán, o al menos así sonaba), y en un recreo en que admirábamos sus proezas el perdedor le lanzó: “¡Oh! ¿qué querés?, judío tramposo, tramposo ¡judío de mierda!” La pelea fue general, móvil, con decenas de combatientes. Ariel, mi hermano David y yo, espaldas contra espaldas, dimos y recibimos trompadas, patadas y codazos hasta que llegaron los celadores, y como éramos los aparentes vencedores fuimos a parar a la dirección y de allí a nuestras casas, con notas para nuestros padres. Nuestras explicaciones fueron fáciles: papá y mamá consideraban bien pelear por el honor, y aún más por un amigo. “¿Ningún hueso roto? Macanudo. ¿Cómo quedaron los otros?”. Pero la nueva desgarradura en la pertenencia quedó abierta, sin sangrar, pero abierta,

para volver a rasgarse muchas veces en el futuro. En otras partes he descripto cómo mi particular condición de no judío para la gente que no me conocía (al menos hasta que yo lo declaraba) y mi actividad pública hicieron que percibiera el antisemitismo de un modo quizá no muy habitual. Descubrí que la gente revela fácilmente su antisemitismo cuando cree que no hay judíos delante, y cómo puede ser usado políticamente por la derecha y se filtra insidiosamente en la izquierda. Hace poco, Leo Senkman me mostró uno de sus recortes en el cual un pasquín cuyo nombre no recuerdo denunciaba cómo los judíos habían “tomado la cultura” en épocas de Frondizi, citando los nombres de todos los que ocupábamos cargos en esa rama de la administración; pero ese caso, que yo no conocía, fue nada más que uno de tantos a lo largo de los años en mi experiencia con la derecha. Más sorprendente fue cuando el Partido Comunista, en una polémica muy compleja sobre el uso de la violencia intentó, supongo, descalificarme, a través de un editorial que comenzaba: “Ismael Viñas, que oculta que su madre es judía...”

El destino y mi elección de Israel cuando me exilé quisieron que hiciera el experimento completo: muy poco tiempo después de llegar fueron varios los que me aconsejaron (con la mejor buena voluntad, he de decirlo) que dejara de usar mi nombre Ismael, porque “aquí suena a árabe”. En uno de esos casos me empecé en informar que Rab Ismael, entre otros, fue uno de las autoridades religiosas más prestigiosas del pasado y que hasta en **Los gauchos judíos** figura un “don Ismael”: me miraron con los ojos vacíos y me contestaron “sí, pero la gente”. Lo cito aquí porque no es lo mismo (iqué va a serlo!), descubrir el racismo dirigido contra otros y sentir cómo lo roza a uno, y descubrirlo de ese modo entre aquellos mismos que lo han padecido. Para completar la parábola, aunque no voy a sacar de ella ninguna moraleja en es-

tas notas, he de agregar que una de las personas que así me previno, nacida en la Argentina, donde vivió hasta bien adulta, es de aquéllas que niegan haber padecido nunca alguna experiencia personal de antisemitismo, lo que, como en otros casos, resultó ser falso en cuanto se escarbó un poco.

Cuando se anuló el proyecto del avión Laví y tuve que cubrir la información para el semanario en que trabajo, también escribí poco después un artículo para la revista de Mapam, **Encuentro**, en el que encaré un intento de explicación generalizadora, de divulgación de lo que son las políticas económicas. No escribí en ninguna parte sobre el drama humano: las declaraciones de los obreros despedidos, su desesperación por el porvenir que se abría ante ellos. Allá arriba, en el gobierno, fuera del alcance de sus quejas y gritos, se había decidido su destino, bajo presiones aun más lejanas, las de Washington. Algo más tarde, ya olvidadas las protestas a pesar de lo reciente de los episodios difundidos por la televisión y de su supuesto impacto, el ministro de Finanzas se felicitaría del éxito alcanzado por el llamado programa de estabilización: el índice inflacionario había bajado y, en todo caso, el porcentaje de desempleo era menor que en la Comunidad Europea, también menos que el del año anterior. Una simple estadística: seis por ciento de la fuerza de trabajo. Apenas seis de cada cien personas en edad activa.

No importa aquí la discusión sobre el estado real de la economía. En todo caso, el sistema, es decir, la patria en concreto, había operado así para resolver los problemas económicos. El ministro tenía razón en la lógica de ese sistema, y ésa era la patria para los despedidos. Pero esos hombres que protestaron en la calle y ante las cámaras de televisión y para las entrevistas de los diarios hubieran rechazado airadamente cualquier intento de presen-

tar así los hechos. La patria no: los políticos; la patria es de todos, más allá de las clases.

Hace tiempo y lejos, en San Nicolás, la ciudad asentada sobre ese mismo río Paraná que más tarde remontaría hacia el exilio, me habían llamado para trabajar en el sostén de una huelga que había estallado en la planta siderúrgica, contra la decisión de los sindicatos. Los reclamos se habían acumulado por falta de medidas de seguridad en el trabajo: habían caído obreros de las torres en construcción, dos se habían electrocutado. La huelga estalló por una nueva muerte, poco después que un empleado había robado copias de documentos internos de la empresa constructora en donde ésta preveía esos accidentes como cálculos de costos.

Las páginas anteriores no fueron escritas en el orden que tienen ahora (no sé si se nota, y no importa), y lo que queda es el resultado de más de otro tanto tirado, de pedazos rescatados, reescritos, de una difícil selección en la que trataba de centrarme en las desgarraduras que provocaron los impactos políticos y antisemitas más lejanos que puede rescatar mi memoria, ligándolos con hechos correspondientes (políticos y racistas) de mi vida en Israel, pero éstos no seleccionados con el mismo criterio sino referidos a asociaciones del momento. He omitido todo lo que no tenía que ver directamente con eso (como el amor con las personas y el sexo y la vida intelectual, aun la más infantil), con lo que se produce un recorte excesivo, hasta en el contexto de las experiencias particulares anotadas. Y he dejado de lado asimismo decisivas experiencias adultas, aún políticas, como las causas que me impulsaron a actuar en ese terreno (las violaciones de derechos humanos durante los primeros gobiernos de Perón, algunas de las cuales viví muy de cerca o padecí personalmente), mi participación en el gobierno de Frondizi (que me llevó a concluir que las bur-

guesías argentinas y sus representantes son incapaces de manejar la misma sociedad que dominan, por causas internas y no sólo externas) y mi intervención en la lucha de clases, salvo ese episodio de San Nicolás; sí, en época peronista.

También he omitido el impacto mismo de la emigración, las dificultades por el lenguaje, la difícil inserción en una sociedad tan diferente, con sus propias divisiones, tensiones y contradicciones que se combinan de un modo tan peculiar con sus dos problemas básicos: la división en clases y la opresión impuesta a otro pueblo. Me referiré parcialmente a eso, pero desde otra perspectiva.

Dos cuestiones se me imponen, y las dos me han sido planteadas de un modo agresivo en diversos grados: las derechas, allá y acá, me consideran un traidor. Con menos agresión, hasta, creo, con simpatía, se han formulado así: "Pero ¿amás a la Argentina?"; "¿Te sentías judío?"; "¿Te sentís más judío por el exilio, por tu vida en Israel?"

Ante todo, necesito aclarar que tales preguntas me parecen cada vez que me las formulan demasiado simplistas porque parcializan a quien van dirigidas y parten de demasiados presupuestos absolutamente esquemáticos. Las he tratado de contestar siempre más o menos directamente, simplificando a mi vez, pero hoy no obraré así.

Amo, sí, el lugar en que nací, aunque a esta altura de mi vida percibo vívidamente cuánto de casual tiene, y cuánto de arbitrario, de histórico (es decir de "no natural") tienen las patrias. ¿A qué Argentina se hubiera referido alguien del 1800? ¿A qué Francia un normando de hace 800 años? Los guerrilleros eritreos ¿son patriotas o traidores a la "patria" Etiopía creada hace tan poco por un jefe militar afortunado? ¿Patriotas de qué Argentina son los indios del altiplano jujeño con quienes traté de entenderme hace tantos años? Explotados en los cañaverales, comidos por la mise-

ria y la tuberculosis. Ya ven: han bastado algunos decenios para crear patriotas judíos israelíes que niegan hasta la calidad de seres humanos a los palestinos que en estos momentos tiran piedras en Gaza y proveen mano de obra barata a Israel.

¿Judío? Sí. Me asumí judío desde que supe cómo el serlo estaba en mi origen, desde adentro y empujado desde afuera, porque mi madre era Esther, y mi pelo y mi color moreno eran los de ella, y eso era ser yo, y porque mis tías María y Elisa eran cálidas y reemplazaron a mi madre cuando murió, y el abuelito-yeide nos acompañaba a la plaza, y porque alguien dijo judío de mierda. Pero yo no era, no soy, exclusiva ni excluyentemente judío, sino mestizo: mi bisabuelo Antonio era un mito, con historias de caballista de la sierra de Ronda, y mi abuelo Antonio era un hombre alto y blanco, con larga barba de abuelo y ademán grandilocuente, y había una nona (la bisabuela de mi padre) y un nono que había sido garibaldino.

Después llegó la letra impresa, sobre todo en verso, que yo canturreaba de niño y enseñé a canturrear después a mis hijos. Lo primero que recuerdo es Antonio Machado: "La plaza tenía una torre/ la torre tenía un balcón..." pero leí Jacopone da Todi en la misma época que el Martín Fierro, y Shem Tov, y, más tarde, mis primeros versos de amor tomaron un pretexto de Petrarca. Y no era literatura, no, porque de niño los ojos se me llenaban de lágrimas mientras canturreaba, habitado desde las entrañas por los sonidos de las palabras y la soledad y la sapiencia ciega de que aludía a lo perdido ("¿objeto perdido?") que anhelaba, que era necesidad-amor, deseo, y odios-celos, y división con los otros-lo otro, y en mí mismo. La **palabra-ser**, pero no cualquier palabra, de cualquier idioma, sino en castellano: "Por venir del espinoso la rosa yo no siento..." Y ésa era una reivindicación de judío.

¿Judío? Y claro: ¿no es el ser mestizo un ser más judío? Porque

no juguemos; sólo quienes creen estar instalados en la seguridad pueden contestar "yo soy esto": el judío ortodoxo que niega a los otros; el ultrapatriota que se afirma argentino absoluto (el francés-galo, el inglés- britano, el norteamericano-blanco-anglosajón-protestante, pero ¿qué nos los escoceses, los irlandeses-norteamericanos- católicos?). Y después he ido aprendiendo algo de esa inacabable discusión sobre lo que llaman "identidad judía": ¿el yel-de y la bobbe, que hablaban idish y ruso?, ¿los de Salónica y Alepo que aún hablan judeo-español?, ¿los sabras que hablan un hebreo reinventado? ¿los que regresaron con Ezra y ya no hablaban hebreo sino arameo? ¿Los que se esfuerzan por tomar de la Biblia y de la tradición sólo aquello que les permite ilusionar un judaísmo humanista? ¿los que toman aquello que alimenta su chovinismo?, ¿los religiosos que creen asumir la verdad íntegra y eterna de una religión modificada y rehecha a través de los siglos?

Pero el ser humano es mucho más y algo más profundo que eso, que todo eso, más allá aún de su cultura personal, de su mezcla de culturas.

Fui, joven, nacionalista populista pequeño-burgués; aún muy joven me acerqué al marxismo por vías oblicuas. Aprendí que la historia es tanto pasado hecho presente y presente en movimiento como apuesta al futuro, y que no hay otro proyecto que el de la humanidad. He ido cambiando, y mi vida en Israel no me ha hecho más judío en el sentido de que cambiara unilateralmente pues ha ampliado lo que ya era en todos los aspectos. Sé más de la historia judía y qué son los judíos, pero también más del amplio mundo, quizá soy menos provinciano, quizá comprendo más la aventura de la humanidad, idealizo menos, tengo esperanzas menos infantiles, pero esperanzas en que la humanidad será capaz de optar por un destino más humano, por evitar los horrores que ella misma es capaz de crear, a pesar de todo, a pesar de todo. Mi in-

greso en la niñez consciente estuvo marcada por los avances del facismo y del nazismo, por el conocimiento de los campos de exterminio. Mi ingreso en la juventud, por las primeras conversaciones con combatientes marxistas en la guerra civil española, por las primeras acusaciones contra el stalinismo hechas por hombres envejecidos, heridos, gastados, pero que seguían adelante, que me introdujeron en el saber de qué era la explotación de clases, de que la lucha de clases no son sólo los momentos de rebelión sino también, y en la base, esa explotación día a día, hora a hora. Mi ingreso en la edad madura fue acuñado por la derrota y el exilio, por la llegada a otra tierra, a otra gente, a otra lengua, a otra vida.

Una muchacha que trabajaba para la revista de los estudiantes de la Universidad de Jerusalem me preguntó: "A un político como vos ¿no le molesta la dificultad de comunicación que tiene con el hebreo?" Sé que suelo sonreír con una especie de *ricтус* cuando me ponen en situaciones difíciles; debo haberme sonreído. Le contesté: "El hebreo lo hablan un puñado de millones de personas, y gran parte apenas. El castellano quizá más de 300 millones, aunque bastante muy mal. Aún escribo en castellano, de vez en cuando me traducen al hebreo, al inglés... Pero no te engañes: jamás hablé ni escribí para demasiada gente, y no porque no quisiera". Le mentí un poco: justamente ahora más que antes, de tanto en tanto me leen, presumo, algunos decenas y hasta centenares de miles, aunque, que yo sepa, no sobre lo que me interesa. Y desde entonces (ya ven que soy lerdo) a menudo me he preguntado ¿para qué hablo, para qué escribo? ¿cuántos espero que me lean y para qué?

Comencé a escribir porque sí, porque me brotaba, porque el posible lector no era más que yo mismo en el espejo y las palabras presionaban desde adentro, como me metí dentro de mujeres y

sentí el placer de ser apretado por ellas, y me enamoré, siempre me enamoré, pero era sólo eso: una carne suave y unos ojos que me miraban (a mí me miraban) y placer y gozo ¿quién pensaba en más, quién quería más?

Después escribí y hablé porque estaba convencido de que tenía algo que proponer, que transmitir. Dejé de escribir poemas, dejé de escribir sobre literatura. Hablé, escribí. Ahora sé que en muchos aspectos estaba equivocado (¿en cuántos lo estaré a esta altura?), pero cuando miro hacia atrás me parece que en lo más grueso no tanto. Al menos, siempre fue contra la opresión, contra la injusticia, aunque mis perspectivas fueran limitadas y algo romas (¿cuánto lo siguen siendo todavía?). Y pienso: "Basta que solamente alguien me escuche, que esté dispuesto a contestarme, a contradecirme, a recibir y darme". También he aprendido que el amor se hace, es, entre dos.

He aprendido (¿he aprendido?) cómo la aventura humana está hecha de horrores, de glorias, de avances que resultan retrocesos, de errores que resultan aciertos, y a sentir más carnal, efectivamente el dolor de otros, mis prójimos, aún los más lejanos. ¿He aprendido también a reírme de mí y de mis dioses, a aceptarme y a aceptar?

Puedo volver a leer y a canturrear el Martín Fierro, y se me volverán a llenar los ojos de lágrimas con la muerte de Cruz, pero sé lo reaccionario y racista de sí que puso allí Hernández, con su desprecio a los italianos inmigrantes y al indio. Sigo aprendiendo en Marx, aunque advierto lo que se equivocó, sus contradicciones, lo que no comprendió en algunas cuestiones que él mismo planteó. Puedo admirar cómo rab Ismael, sin duda el judío más importante que llevó el nombre que uso, supo ampliar las relgas de hermenéutica que había fijado Hillel, pero sé lo que tuvo de estrecho, de racista, de odiosamente incapaz de aceptar la hermandad del

género humano.

La patria, sin embargo. El exilio, sin embargo. Perder la patria es perder el lugar a que pertenecemos ¿verdad? También perder el lugar (geografía, paisajes, gentes, voces, olores, costumbres, historias, mitos) que creemos que nos pertenece, del que creemos ser propietarios. Cambiar la lengua trastorna el ser, pero también la creencia en la seguridad de que nos comunicamos, hasta alma a alma. El exilio nos obliga a saber que patria y lengua nos han traicionado siempre, nos obliga a distanciarnos, a nacer nuevamente, a dejar de ser niños. Podemos llegar a madurar, pero ¡a qué costo!, y qué limitadamente, puesto que tampoco hemos sido capaces antes de superar las ilusiones y rehacer afectos maduros. También podemos ilusionarnos con que nada de eso es cierto, ni siquiera el exilio. Podemos ilusionarnos con que no lo padecemos, o, al contrario, fantasear con el paraíso perdido. Podemos vivir día a día.

Comencé a escribir estas notas cuando moría el verano y ya es el fin del invierno. Es otra vez de noche. Me levanto, me hago un café, miro las luces que brillan del otro lado del valle de Ein Kerem. Espero que mi compañera vuelva de clase; cuando llegue, me levantará y nos besaremos. Afuera, el cielo está claro, las estrellas parecen de vidrio. No los veo, pero sé que en la falda de la sierra los almendros están en flor.

Pronto llegará la primavera.

